

LA LEY Y EL HOMBRE EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Reflexiones en torno al Decálogo

SANTIAGO AUSIN

El Evangelio de S. Juan en el Prólogo (1,17) aduce un texto que ha dado pie a un problema teológico constante, la relación entre gracia y ley: "Quia lex per Moysen data est, gratia et veritas per Iesum Christum facta est". También los escritos de San Pablo, particularmente Rom. y Gal., han sido fuente de aporías en torno a la ley. Todas estas circunstancias junto con la constante elaboración de conceptos filosóficos y jurídicos, hacen nuevamente actual la valoración de la Ley antigua y de la moral en el Antiguo Testamento.

Si Cristo, autor de la gracia, no ha venido a abolir la Ley y los profetas, sino a darles plenitud (cfr. Mt 5,17), quiere decir que la Ley mosaica tiene valor permanente, al menos en algún aspecto. La misma Comisión Teológica Internacional se ha planteado este problema y son varios los estudios que últimamente van apareciendo en torno a esta temática¹. La cuestión es clara: ¿En qué sentido o qué aspectos de la Ley dada por Dios tiene vigencia permanente?

De los múltiples ángulos desde los que puede enfocarse el tema, intentaremos aproximarnos al significado de la motivación de los preceptos: *dados por Dios*. Dicho de otro modo: ¿qué alcance tiene que en la Biblia aparezca Dios como autor de la Ley?

Nos centraremos primordialmente en el Pentateuco, porque las leyes o preceptos que aparecen en otros libros del A.T. son sim-

1. Cfr. M. GILBERT, J. L'HOUE, J. SCHARBERT, *Morale et Ancien Testament*, Centre Cerfaux-Lefort, Louvain 1976.

ples resúmenes, repeticiones o ampliaciones de las del Pentateuco, o son leyes humanas que en su misma formulación son contingentes y cambiantes². Pasamos por alto la complejidad de problemas planteados por la crítica³, pues la investigación sigue abierta para asignar a cada una de las tradiciones del Pentateuco las diferentes aportaciones morales y los diversos códigos; abierta sigue también la asignación de las distintas etapas redaccionales hasta llegar a la fusión y unidad que hoy encontramos. Esta unidad no puede soslayarse en ningún estudio serio, conscientes de que los cinco primeros libros sagrados están vertebrados, no por un personaje —a pesar de la importancia de Abrahán o de Moisés— no por unas normas constituyentes del pueblo, ni por unos contenidos doctrinales (monoteísmo, Alianza...), revelados por Dios; todo ello es importante, pero es *la historia* la que enmarca, aglutina y da vida a todos estos elementos⁴.

Vocabulario y textos

Sabido es que el término *tōrāh* que inicialmente se emplea con carácter jurídico (cfr. Ex 17,7.8; Dt 17,10; Ps 122,5...) va identificándose progresivamente con “palabras de Dios” (*debārīm*): Ley y Revelación llegan a ser dos palabras sinónimas hasta el punto de que los diez mandamientos son “las Palabras que dijo Yahwéh en toda vuestra asamblea, en la montaña, en medio del fuego, de la nube y la densa niebla, con voz potente” (Dt 5,22; cfr. Ex 22,1; 24,27.28). Los dictámenes (*‘edōt*: originariamente “testimonio”) que son sinónimos a decretos y sentencias (Dt 4,45; 6,17.20) tienen un marcado paralelismo con *tōrāh* en cuanto a su carácter religioso: son mandamientos divinos, enmarcados en la Alianza; así el arca de la Alianza (Dt 10,8) es también denominada arca del Testimonio (Ex 25,22) y las tablas de la Ley, tablas de los dictámenes o del Testimonio (Ex 31,18). Los restantes términos jurídicos de la Biblia —*mišpāṭīm* (sentencias); *ḥuqqīm* (decretos)— y los términos morales —*‘ešōt* (consejos); *piqqūdim* (mandatos); *miswōt* (preceptos)— van adquiriendo poco a poco un paralelismo creciente con *tōrāh*, y no es aventurado afirmar que conceptualmente casi llegan a identificarse⁵. Un ejemplo iluminador

2. Cfr. H. CAZELLES, *Loi Israélite*, DBS, 1957, V, 497-530.

3. Cfr. H. CAZELLES, *Pentateuque*, DBS, 1966, VII, 686-858.

4. Cfr. J. L'HOUE, *Pour une enquête morale dans le Pentateuque et dans l'histoire deutéronomiste*, *Morale et Ancien Testament*, Louvain 1976, pp. 20-92.

5. Cfr. H. CAZELLES, *Loi israelite*, DBS, V, 498-502.

es el Salmo 119, que siendo un cántico a la Ley conjuga todos estos términos:

“Enséñame, Yahwéh, el camino de tus decretos (*huquīm*)
yo lo quiero guardar en recompensa.
Hazme entender para guardar la Ley (*tōrāh*)
y observarla de todo corazón.
Llévame por la senda de tus preceptos (*miswōt*)
porque tengo en ella mi complacencia.
Inclina mi corazón hacia tus dictámenes (*‘edōt*)
y no a ganancia injusta” (Ps 119,33-36).

La Ley —*tōrāh*— abarca, por tanto, todos los preceptos, todos los mandatos e incluso todos los consejos contenidos en el A. T. Más aún, comprende todo aquello que viene de labios de Dios. Este carácter divino es la novedad más radical y lo más peculiar de la Ley veterotestamentaria. Se pone más de manifiesto si se compara con escritos sapienciales y éticos de otros pueblos antiguos⁶.

Aun cuando es muy difícil hacer una división de todas las normas del Pentateuco, salpicadas con frecuencia dentro de narraciones históricas, al menos hay unas cuantas agrupaciones, cuya unidad literaria es hoy admitida por todos:

a. *Código de la Alianza* (Ex 20,22-23,19), comprende un conjunto de prescripciones jurídicas que abarcan desde las llamadas leyes consuetudinarias, comunes a otros pueblos, sobre el comportamiento de una sociedad primitiva, nómada y pastoril, hasta las llamadas leyes apodícticas, mucho más breves y tajantes, que únicamente refieren el caso y su condena, vgr. “El que hiera mortalmente a otro, morirá” (Ex 22,12). Como código se considera uno de los más antiguos del A.T. y muchos de sus preceptos por la terminología y por la redacción tienen el resello de ser especialmente primitivos. Suele atribuirse a la tradición Elohista.

b. *El Código ritual* (Ex 34,11-26), denominado también *Código de la renovación de la Alianza*, contiene una serie de preceptos religiosos en forma imperativa sobre fiestas y sacrificios. Muchas de estas prescripciones suponen que el pueblo conoce la agricultura y que ha abandonado casi totalmente el nomadismo. Se atribuye a la tradición Yahwista.

6. Cfr. M. GARCÍA CORDERO, *Biblia y legado del Antiguo Oriente*, BAC, Madrid 1977.

c. *El Código Deuteronomico*, que abarca seis capítulos (Dt 12-16), es posterior. Recoge de los anteriores bastantes formulaciones legales. Supone ya un pueblo sedentarizado, que conoce el comercio y posee una estructura social mucho más adelantada, con reyes, ancianos, sacerdotes, etc. Contiene prescripciones sobre la unidad del santuario, el altar, el diezmo, etc. Comporta además un cambio en la formulación, una mayor interiorización con alusiones frecuentes al corazón. El tono de los preceptos deja de ser imperativo para hacerse más exhortativo. Por ejemplo, al imponer el año sabático en el que también los esclavos deben quedar en libertad, añade esta consideración: "No se te haga demasiado duro el dejarle en libertad, porque haberte servido seis años vale por un doble salario de jornalero. Y Yahwéh tu Dios te bendecirá en todas tus obras" (Dt 15,18).

d. *La Ley de santidad*, así llamada después de Klostermann, comprende diez capítulos del Levítico (Lev 17-26). Parece seguir el mismo esquema que el "Código Deuteronomico", sobre la base de una centralización del culto. H. Cazelles llega a afirmar que la Ley de Santidad resume en su compilación las costumbres del Sur, del mismo modo que el Código Deuteronomico reagrupa las costumbres del Norte⁷. Lo más destacable de estas normas minuciosas sobre el culto y sobre los diversos aspectos sociales es que el autor inspirado las sitúa en el Sinaí, incluyéndolas en el mensaje de la Alianza⁸.

e. Por último, el *Decálogo moral* en su doble redacción de Ex 20,2-17 y Dt 5,6-21. Lo mencionamos al final, aunque sabido es que ocupa un lugar de privilegio en el Pentateuco, en el pensamiento de Israel, y también en la Iglesia. Puede afirmarse que, de alguna forma, el espíritu del Decálogo es el espíritu que impregna todo el Antiguo Testamento⁹.

Motivaciones de la Ley

No es suficiente afirmar que la Ley israelita es la expresión de la religiosidad de un pueblo o la herencia de una cultura privilegiada; es, ante todo, expresión de las relaciones del pueblo con Dios, o mejor, un *don* concedido por Dios a su pueblo para per-

7. Cfr. H. CAZELLES, *Pentateuque*, DBS, VII, 824.

8. Cfr. S. R. DRIVER, *An Introduction the literature of O.T.*, Edimburg 1913, pp. 43-50.

9. Cfr. M. A. PATON, *Moral. II*, en GER, XVI, p. 279.

mitirle el éxito de la Alianza y el cumplimiento de la promesa¹⁰. De ahí que, cuando se ponen en práctica los preceptos de Yahwéh, el pueblo prospera y, cuando se menosprecian, el pueblo está abocado a la ruina¹¹.

En casi todos los textos legislativos y en los códigos arriba mencionados aparecen tres motivaciones íntimamente relacionadas entre sí:

1. "Yo, Yahwéh"¹².
2. "Yo, Yahwéh vuestro Dios"¹³.
3. "Yo, Yahwéh (tu Dios), que te saqué de la tierra de Egipto (de la casa de la servidumbre)"¹⁴.

Se ha escrito¹⁵ que el origen de las dos primeras fórmulas hay que unirlo a narraciones de teofanías; desde luego, indican la presentación de la divinidad. Casi todos los textos en que aparecen se atribuyen a la tradición sacerdotal y expresan, al menos, junto al carácter personal de Yahwéh, su soberana autoridad y su santidad: Dios impone la Ley de Santidad, porque tiene poder y porque es santo. Pero hay más: la repetición de estas fórmulas, como un *ritornello* monótono, viene a ser una profesión de fe en el único Dios verdadero y, muy probablemente, ambas fórmulas abreviadas evocarían en los oyentes la tercera formulación en la que expresamente se confiesa la acción salvadora de Dios en el Exodo. Pensamos que las dos primeras fórmulas pueden reducirse a la tercera, si bien acentúan la trascendencia de Dios, que tampoco está negada en la formulación más amplia.

10. Cfr. P. GRELOT, *L'Ancien Testament et la morale chrétienne*, en "Seminarium" 23 (1971) pp. 575-595.

11. Ya a los mismos patriarcas se les alaba su vida perfecta con una fórmula constantemente repetida: "caminó en la presencia del Señor" (cfr. Gen 5,22; 6,9; 17,1; 24,40; 48,15; 2Reg 20,3...). Y el libro de las Crónicas presenta los reinados poderosos y brillantes con una fórmula estereotipada: "Hizo lo que era recto y bueno a los ojos de Yahwéh" (2Chron 20,32; cfr. 1Reg 15,11). En cambio, los reyes más nefastos para Israel son presentados con la fórmula contraria: "Hizo el mal a los ojos de Jahwéh" (2Chr 20,6...).

12. Ley de los primogénitos (Num 3,13; cfr. Ex 13,11-16); Ley de Santidad (Lev 18,5.6.21; 19,12.14.16.18.26.30.32.37; 21,12; 22,2.3.8.9.30.31). También aparece en anuncios de castigos y oráculos (Ez 5,15.17; 12,23.25; 14,11.20...).

13. Especialmente en la "Ley de Santidad": Lev 18,2.4.30; 19,3.4.31; 20,7; etc.

14. Código Deuteronomico (Dt 13,6.11; 16,1...); Ley de Santidad (Lev 19,36; 22,33; 23,43; 25,38.42.55; 26,13.45...); y el Decálogo (Ex 20,2; Dt 20,6). Hay una fórmula similar en el Código Ritual: "En el mes de Abib saliste de Egipto" (Ex 34,18).

15. Cfr. G. BESNARD, *Le mystère du nom*, París 1962, pp. 63-66; cfr. P. van IMSSCHOOT, *Théologie de l'Ancien Testament*, París 1966, pp. 46 ss.

Por otra parte, al aparecer una de las tres en todos los códigos legales, es señal de la íntima conexión que hay entre los preceptos divinos y la fe en el Dios que *hizo salir* al pueblo de Egipto; o dicho desde otra perspectiva: Dios es autor simultáneamente de la liberación de Israel y de los preceptos que ha de cumplir.

La expresión “Yahwéh hizo salir a Israel de Egipto”, con algunas variantes, aparece 81 veces a lo largo de la Biblia, tanto en el Pentateuco como en los Profetas y en los Salmos. La mayoría de las veces no indica las circunstancias de la salida; únicamente en nueve textos se habla de que fue sacado “de noche”, “con mano fuerte y brazo extendido”, “con júbilo y alegría”, “en orden de campaña”, etc. Frecuentemente se explicita el término *ad quem*, la tierra de promisión.

Puesto que únicamente nos interesa la relación entre el dato de fe y las formulaciones morales, nos ceñiremos a estudiar brevemente algunos textos de códigos legales en que aparece esta fórmula más completa:

- a) *Lev 19,36*: “Tened balanza justa, peso justo, medida justa y sextario justo. Yo soy Yahwéh que os saqué de la tierra de Egipto”.

En el texto no existe conexión entre las dos partes del versículo. Lo lógico, según el resto del capítulo, hubiera sido que al terminar la enumeración de las diversas clases de medidas de justicia, repetidas en otros textos¹⁶, apareciera la fórmula abreviada “Yo Yahwéh (vuestro Dios)”. Parece, pues, que la fórmula no está relacionada con la primera parte del verso, sino con el siguiente: “Guardad todos mis preceptos y todas mis normas y ponédlos en práctica. Yo, Yahwéh”. Es decir, sustenta todo el capítulo y es como el resello que avala los preceptos anteriores.

En el resto del capítulo 19 los preceptos sólo vienen avalados por “Yo Yahwéh (vuestro Dios)”; si el último versículo añade “que os saqué de la tierra de Egipto”, es porque esta fórmula completa las anteriores que vienen a ser un resumen muy conciso.

16. Cfr. Dt 25,13-16; Prov 11,1; 16,16; 20,10; Eccl 42,10; Os 12,8; Am 8,5; Mich 6,10 s.

- b) *Lev 22,33*: "El que os ha sacado de la tierra de Egipto para ser vuestro Dios. Yo Yahwéh".

El capítulo 22 del Levítico, de gran unidad literaria con el anterior, fija condiciones para la participación, tanto de los sacerdotes (vv. 1-9), como de los laicos (vv. 10-16) en el banquete sacrificial y enumera a continuación las cualidades que deberán tener las víctimas destinadas al sacrificio (vv. 17-30). Cada una de estas partes va precedida o concluida con la fórmula "Yo Yahwéh que os santifico"¹⁷.

Los vv. 31-33 forman la conclusión, de estilo parenético y con un profundo significado teológico¹⁸. Si tenemos en cuenta los vv. 2b, 9b, 16b, debemos decir que la lógica conclusión sería el v. 32b: "Yo Yahwéh que os santifico"¹⁹, precedido de la exhortación general y parenética del v. 31. Sin embargo, al añadir la fórmula del v. 33, que denota una cualidad de Dios que no había aparecido en el resto del capítulo, pone de manifiesto que están unidos el aspecto santificador y el carácter liberador de la esclavitud de Egipto.

Tomados en conjunto los vv. 31-33 denotan el fundamento de autoridad de los mandamientos precedentes. Se trata de una exhortación que avala todo lo anterior: Dios santifica al pueblo precisamente porque ha sido sacado por El de Egipto.

El texto no habla en directo de la iniciativa de Dios, pero hay que concluirlo. Si los hebreos se sienten en la obligación de cumplir todos los mandamientos es porque se saben deudores de un favor divino, de haber sido sacados de la esclavitud de Egipto²⁰.

17. Vv. 2b.9b.16b. La santidad es uno de los atributos de Dios que la Sda. Escritura manifiesta con mayor número de textos. Con Moisés (cfr. Ex 3,1-6) la santidad de Dios es puesta de manifiesto por primera vez en los textos sagrados. Dios es el Santo por antonomasia, porque El es sólo Dios (cfr. 1Sam 2,2). De esta santidad surge la exigencia de que quien a El se acerca o tiene con El contacto sea santo. Cfr. J. de VAUX, *Santo*, en VTB, p. 714 ss; P. van IMSCHOOT, o. c., p. 76 ss; A. LEFEVRE, *Santo es el Señor*, en *Grandes temas bíblicos*, Madrid 1971, p. 79 ss.

18. Conclusión que sirve conjuntamente a los capítulos 21 y 22, y en los que podemos ver la siguiente estructura literaria: A) (v. 31) Guardad mis mandamientos y ponedlos por obra... Yo Yahwéh. B) (v. 32) No profanáis mi Santo Nombre; sea yo santificado en medio de los hijos de Israel... Yo Yahwéh que os santifico. C) (v. 33) Que os he sacado de la tierra de Egipto para ser vuestro Dios... Yo Yahwéh.

19. Cfr. Lev 11,25; 20,26; 25,38.55.

20. En el mismo sentido y con semejante significado pueden aducirse otros textos que contienen idéntica fórmula: Lev 25,38 (la fórmula sustenta y fundamenta un mandamiento sobre préstamos); Lev 36,13 (dentro del contexto de bendiciones y maldiciones, la fórmula les da un carácter divino); Num 15,41

- c) *Ex 20,2 y Dt 5,6*: “Yo Yahwéh, tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de la servidumbre”²¹.

Si se compara este texto con *Ios 24,5-7*²² y *Ex 19,4*²³ se comprende que esta fórmula abarca diversas acciones: elección de Moisés (y Aarón), plagas contra Egipto, salida del pueblo, persecución de los egipcios, paso del mar Rojo, portentos en el desierto. Es decir, se trata de un resumen breve pero muy denso en el que se manifiesta *todo* lo que Dios hizo en contra de los egipcios y en favor de Israel. No denota una acción simple y momentánea, sino concatenada de hechos salvíficos para Israel²⁴. Esta fórmula, por tanto, evoca no sólo la salida de Egipto, sino ante todo la Alianza que Dios estableció con su pueblo.

(la fórmula tiene como misión fundamental la obligación de cumplir todos los mandamientos).

21. El verso comienza con las palabras *'anokhi Iahwéh 'elohekha*, que gramaticalmente admite tres traducciones distintas, aunque no contradictorias. Si se une este v. 2 con el siguiente, cabe traducir: “Fuera de mí, Yahwéh, tu Dios que te he sacado de Egipto... no habrá para tí otros dioses”. Pensamos que esta traducción no es admisible porque las palabras del v. 3 constituyen el primer mandamiento al que debe preceder, al estilo de toda alianza, la presentación del personaje, en este caso de Yahwéh. Las dos siguientes traducciones varían en la colocación del verbo copulativo: “Yo Yahwéh soy tu Dios que te he sacado...”, acentúa el aspecto contractual —tu Dios— y ha llevado a la exégesis judía, desde la época del Talmud, a considerar este verso como el primer mandamiento (cfr. E. POWER, *Exodo*, en *Verbum Dei, Comentario a la Sda. Escritura*, I, Herder, Barcelona 1960, p. 535; G. AUZOU, *De la servidumbre al servicio. Estudios del libro del Exodo*, trad. C. R. GARRIDO, Madrid 1969, p. 280). Por último la traducción que hemos aceptado apoyada por LXX, Vg, Peschita, Ps 50,7: El acento se pone en Dios, como principal agente de la Alianza y del Decálogo, a la vez que separa el preámbulo histórico del contenido de los mandamientos (cfr. M. E. ANDREW, *The Commandments in Recent Research*, London 1967).

22. “Envié después a Moisés y a Aarón y herí a Egipto con los prodigios que obré en medio de él. Luego os saqué de allí. Saqué a vuestros padres de Egipto y llegasteis al mar; los egipcios persiguieron a vuestros padres con los carros y sus guerreros hasta el mar de las Cañas. Clamaron entonces a Yahwéh, el cual tendió unas densas nieblas entre vosotros y los egipcios e hizo volver sobre ellos el mar, que los cubrió. Visteis con vuestros propios ojos lo que hice con Egipto; luego habitasteis largo tiempo en el desierto”.

23. “Ya habéis visto lo que he hecho con los egipcios y cómo os he llevado sobre alas de águila y os he traído a mí”.

24. Notemos cómo el que recibe la acción de Dios es Israel: “*tu Dios... te he sacado*”. La redacción del Decálogo está en forma de interpelaciones directas: Dios habla a Israel de un modo imperativo directo al pueblo y a cada individuo; cfr J. de FRAINE, *Individu et société dans la religion de l'A. T.*, en *Bibl 33* (1952) pp. 324-355 y 445-475.

El término Alianza nace de la experiencia social entre los hombres que se ligan entre sí con pactos y contratos que poseen un valor jurídico²⁵. Los textos bíblicos de Alianza²⁶ tienen clara similitud con los pactos de vasallaje que se han descubierto últimamente entre los hititas y en Ugarit, pertenecientes a los siglos xv-xiii a. C.; todos ellos tienen una estructura parecida: a) *preámbulo*, nombre y títulos de quien hace el pacto; b) *prólogo histórico*, historia de las relaciones entre los pactantes, describiendo normalmente las victorias que fundamentan el vasallaje; c) *estipulaciones*, obligaciones impuestas al súbdito, prohibición de amistad con pueblos extranjeros, obligación de lectura pública, etc.; d) *invocación de testigos*, cielos, tierra, etc.; e) *maldiciones y bendiciones*; f) *conclusión*, acompañada generalmente de algún rito²⁷.

Alcance de la fórmula introductoria del Decálogo

Con las palabras “que te saqué de Egipto” la Sagrada Escritura rechaza radicalmente cualquier relación de tipo mágico o mítico entre Dios y su pueblo, entre Dios y cualquier hombre. Rechaza asimismo una fe meramente subjetiva de Israel, desprovista del fundamento de unos hechos concretos reales e históricos. La fe del pueblo está basada en algo que sucedió en un momento determinado de la historia: Dios sacó con gran poder a Israel de la esclavitud de Egipto.

25. Sobre el concepto y significación de la alianza hay una bibliografía abundantísima: cfr. P. van IMSCHOOT, o. c., pp. 295-319; J. L'HOUE, *La morale de l'Alliance*, París 1966; G. E. MENDENHALL, *Law and Covenant in Israel and the Ancient Near East*, Pittsburg 1955; E. VOGT, *Vox “berit” concrete adhibita illustratur*, en *Bibl* 36 (1955) pp. 565-566; R. MARTIN-ACHARD, *La signification de l'Alliance dans l'A. T., d'après quelques récents travaux*, en *Rev. Th. Ph.* (1968) pp. 88-102; J. GIBLET-P. GRELOT, *Alianza*, en *VTB*, p. 54-61; J. NOUGAROL, *Le palais royal d'Ugarit*, en “*Rev. Intern. des Droits de l'Antiquité*”, 4 (1956) p. 48 ss. Como ejemplos de alianza humana en el A. T., pueden consultarse Gen 14,13; 21,27; Am 1,9; 1Sam 23,18; Mal 2,14; 2Sam 3,12-21; 2Reg 11,4-8; Ez 17,13 (cfr. A. GARCÍA MORENO, *Alianza*, en *GER*, I, p. 689).

26. Cfr. D. J. MCCARTHY, *Der Gottesbund im Alten Testament*, Stuttgart 1966.

27. En otros textos la estructura precisa de la Alianza está más diluida en el marco literario de un discurso; esto ocurre, sobre todo, en el libro del Deuteronomio y en otros libros de la fuente deuteronomista (cfr. N. LOFINK, *Das Hauptgebot*, Roma 1963). Es manifiesta la importancia del rito, cuya función consiste en simbolizar y crear la unión entre Dios y el pueblo, garantizada en los diversos ritos como la sangre, la comida, etc. Cfr. A. GONZÁLEZ, *El rito de la Alianza*, en *Est Bibl* 24 (1965) pp. 217-233; M. GARCÍA CORDERO, o. c., pp. 286-290; R. MARTIN-ACHARD, o. c.

Los beneficios divinos, condensados en esa fórmula, constituyen para Israel un esquema normativo de conducta al que deberá conformar toda su historia ulterior. Israel *ha visto*²⁸, ha sido testigo directo²⁹ de lo que Dios ha hecho contra los egipcios y de los favores para con Israel. Por eso, ha de vivir en consecuencia, deberá responder siempre con agradecimiento, servicio exclusivo y adoración total³⁰. Israel ha de ser “el pueblo de Yahwéh”; los prodigios salvíficos de Dios no son, por tanto, puras demostraciones de su infinito poder, sino que poseen valor parenético: Israel ha de sentir en su vida y en su historia la mano de Dios.

Por otra parte, la fórmula que venimos comentando no expresa un momento instantáneo, una acción concreta de Dios, sino una serie de intervenciones divinas que comprenden, al menos, desde la elección de Moisés hasta el momento anterior a la donación de la tierra. Y no sólo tienen valor narrativo de un acontecimiento pasado, sino, ante todo, valor jurídico.

El hecho de haberlos sacado de la esclavitud de Egipto es el título divino que fundamenta el derecho de Yahwéh a imponer unos mandamientos; expresa el derecho de propiedad que tiene aquél que ha ejercido el rescate de un esclavo. Los beneficios divinos establecen y dan firmeza a la autoridad de Yahwéh. El sacarlos de Egipto no sólo precede al derecho de imponer mandamientos, sino que lo fundamenta. La función del prólogo histórico, en este sentido, es clara: además de presentar a Dios como ser trascendente, totalmente distinto del pueblo, enuncia los títulos jurídicos de Dios en orden a imponer su voluntad sobre el pueblo. Es decir, el señorío de Yahwéh sobre Israel se debe a su propio ser, pero sobre todo a que ha actuado en favor del pueblo, le ha liberado; y ese derecho sigue existiendo independientemente de que Israel sea infiel y se olvide de los beneficios divinos.

Por lo tanto, aunque este prólogo histórico tiene una cierta similitud en cuanto a la presentación del Rey-señor con los pactos humanos antiguos, la diferencia es radical: en los tratados hititas

28. “Ya habéis visto lo que he hecho con los Egipcios y cómo a vosotros os he traído a Mí” (Ex 19,5).

29. “Es sabido que el término testigo antes de tener el significado activo de garante o fiador, tiene el sentido pasivo de espectador o de auditor, ya que para testimoniar es preciso primero haber visto y oído”: A. FEUILLET, *Resurrección de Cristo: Historia y fe*, en “Palabra” 92 (1973) p. 16. Cfr. B. de SOLAGES, *Nuestra fe en la Resurrección, según la primera Epístola a los Corintios*, en “Palabra” 92 (1973) p. 21.

30. Esto viene expresado sobre todo es Ex 19,5 y Ios 24,14; cfr. también Dt 30,15-20; 32,1-18; Am 2,6-16.

de alianza hay siempre una victoria que fundamenta el sometimiento del pueblo vencido, que de alguna forma queda esclavizado; en cambio, la motivación del Decálogo es un acto de liberalidad de Dios, que pone de manifiesto más que el poderío divino, su amor hacia el pueblo. Este no ha pasado de la libertad a la esclavitud, fundamento del vasallaje, sino de la esclavitud a la libertad; la libertad está en la base del vasallaje.

Por otra parte, en esta presentación solemne del Decálogo queda claro que es Dios quien habla y quien impone su voluntad. En los otros pueblos del Antiguo Oriente los dioses no son autores del derecho o de las normas, sino solamente quienes lo garantizan. En el Decálogo, y esto sirve para otros textos legales, Dios es la fuente última de la Ley y a El sólo, en definitiva, le concierne imponer el carácter obligatorio de la misma. De esta forma toda infracción es, en último término, ofensa a Dios. Así, José, ante las insidias de la mujer del faraón, contestará: “¿Cómo voy a hacer este mal tan grande, pecando contra Dios?” (Gen 39,9). El propio David cuando Natán le hace ver la gravedad de su pecado, expresa su arrepentimiento con estas palabras: “He pecado contra Yahwéh” (2Sam 12,13). Este sentido de que toda transgresión es contra Dios se mantiene vivo hasta el N.T.: en la parábola del hijo pródigo, el arrepentimiento se formula identificando la ofensa al padre y la ofensa a Dios: “He pecado contra el cielo y contra tí” (Lc 15,18).

Hay que señalar también que los mandamientos se presentan como una respuesta a la iniciativa de Yahwéh: Dios ha iniciado la relación con su pueblo al sacarlo de Egipto. La iniciativa divina aparece liberándolos de la esclavitud y destinándolos a la misión altísima de ser santos como santo es Yahwéh; pero además Dios toma la delantera marcándoles el camino que han de seguir. No hay duda —y lo ha puesto de manifiesto Santo Tomás en I-II, q. 100, a. 1.3.11— de que el Decálogo es expresión de la ley natural, impresa en el corazón de todo hombre, pero la presentación bíblica es esencialmente positiva, en cuanto que insiste en la voluntad divina como fundamento de su obligatoriedad. En esta expresión del querer de Dios estriba la unidad del Decálogo, aunque algunos de sus preceptos ya existieran aislados en otros textos más antiguos del Pentateuco, e incluso aunque puedan encontrarse algunas formulaciones similares en textos legales más

primitivos de otros pueblos³¹. La originalidad del Decálogo es precisamente su presentación como voluntad expresa de Dios.

Tenor del Decálogo y libertad

El estilo directo yo-tú, patente en el prólogo histórico y en cada uno de los mandamientos del Decálogo, marca un matiz importante³². Es verdad que los tratados hititas están redactados del mismo modo: el vasallo es el interlocutor del soberano y recibe de éste hasta su dignidad; pero en la Biblia esta forma personal de la Alianza tiene una particular importancia. Por más que se quiera subrayar el antropomorfismo de este estilo, lo cierto es que el pueblo y cada individuo³³ es elevado a la dignidad de interlocutor con Dios, hasta el punto de que Yahwéh aparece ofreciendo al pueblo la alianza como una oportunidad que el hombre puede aceptar o rechazar (cfr. Jos 24,15). Pero no la rechazará porque está obligado a ella; es un caso típico que refleja que libertad y obligación no se excluyen de suyo.

El carácter eminentemente personal de las relaciones Yahwéh-Israel patentiza la libertad. No hay en la Biblia un tratado ontológico o psicológico de la libertad, pero el mero hecho de que Dios marque el camino que el hombre debe seguir, violentando, si es preciso, sus propias inclinaciones, es señal de que lo trata como persona responsable³⁴. La existencia misma de la Ley es constitutiva de la libertad; a este propósito es significativo que los mandamientos sean *debārīm*, Palabras de Dios, que suponen en el hombre una capacidad de escucha y de aceptación, en último término, del propio Dios. Al cumplir fielmente los mandamientos, no sólo hay un comportamiento consentáneo con la naturaleza o con los demás hombres, sino ante todo hay un comportamiento *ante Dios*. La libertad, pues, no es únicamente un valor natural, un derecho

31. Cfr. M. GARCÍA CORDERO, o. c., pp. 340-351, recoge una breve sinopsis comparativa entre la legislación hebrea y las de los antiguos códigos orientales.

32. Cfr. J. L'HOUE, *La Morale de l'Alliance*, o. c., p. 36.

33. La Alianza veterotestamentaria es eminentemente social, que tiene como interlocutor al pueblo, pero Israel no es una colectividad anónima, sino una verdadera comunidad donde cada individuo y sus acciones comprometen a Israel entero (cfr. Dt 22,19); la comunidad es sujeto del pacto y lo es simultáneamente cada miembro (cfr. J. L'HOUE, o. c., pp. 105-120).

34. Con mayor claridad aparece la libertad del hombre en el relato del Paraíso (Gen 2-3) donde el hombre se juega todo su futuro en el dilema entre aceptar su condición de criatura o pretender ser "como dioses" (Gen 3,5). Cfr. P. GRELOT, *L'Ancien Testament et la morale chretienne*, en "Seminarium" 23 (1971) pp. 575-595.

humano, sino un valor religioso concedido por Dios y que Dios va a tomar en serio.

Al estar los mandamientos articulados en estructura contractual, el pueblo y cada individuo buscan, al cumplirlos, no solamente el querer de Dios, sino la presencialización de la Alianza; de este modo el diálogo Dios-hombre, a pesar de las defecciones humanas, queda permanentemente garantizado. Pecar es intentar romper el diálogo, pero de ninguna forma poder acallar las *debārim*, que continúan interpelando al hombre porque son independientes y anteriores a él; sólo es posible la libertad cuando se puede acoger voluntariamente una Voluntad previamente manifestada.

Por último, es digna de señalar la formulación negativa de los mandamientos, si excluimos el precepto del sábado y del honor a los padres³⁵. Mucho se ha escrito acerca del trasfondo de estas leyes apodícticas e imperativas³⁶, pero hoy los críticos están de acuerdo en afirmar el origen mosaico en su formulación más breve, si bien es más difícil demostrarlo en las motivaciones. Por otra parte, puesto que todos los mandamientos del Decálogo pueden considerarse una explicación del primero, "No tendrás otros dioses fuera de Mí"³⁷, se ha intentado ver en este precepto el mínimo jurídico, es decir, la imposición de la monolatría o del heno-teísmo, pero no del monoteísmo³⁸; si así fuera, también los demás mandamientos apodícticos, por su misma formulación, marcarían un mínimo jurídico que garantiza el comportamiento religioso-social de la comunidad.

Ahora bien, las leyes bíblicas son incomprensibles como una mera constitución jurídica del Estado; no se pueden desligar del carácter sacral de la comunidad de Israel³⁹. Ni tampoco es lícito reducirlas a un mínimo externo y social por su redacción apodíctica y negativa.

Los pueblos orientales antiguos y el propio Israel están acostumbrados a las leyes casuísticas como son la mayoría de las que componen el llamado Código de la Alianza: "si un hombre hiere a otro con una piedra o con el puño...; si uno hiere a un siervo

35. Sobre el origen del sábado y la posible formulación negativa más arcaica, cfr. M. GARCÍA CORDERO, o. c., pp. 324-330, con abundante bibliografía.

36. Cfr. H. CAZELLES, *La loi israelite*, en DBS, V, 515-517, donde recoge y hace una crítica perspicaz de los postulados de la crítica histórica.

37. Cfr. J. L'HOUE, o. c., p. 77.

38. Cfr. M. GARCÍA CORDERO, o. c., pp. 290-302.

39. Cfr. H. CAZELLES, *La loi...*, DBS, V, 520.

en el ojo y lo deja tuerto...; si uno roba un buey o una oveja..." (Ex 21,18-37). Estas sí marcan un mínimo; el Decálogo, en cambio, en su misma formulación negativa lleva la impronta de una profundización futura. Poco a poco los profetas y los sapienciales irán descubriendo el alcance de los mismos⁴⁰, hasta que Jesucristo, que ha venido no a abolir la Ley, sino a darle plenitud, pueda afirmar: "Se dijo: no matarás... Yo os digo, todo aquél que se llene de ira contra su hermano será reo de juicio, etc." (Mt 5,21ss). Los mandamientos cumplen lo que San Pablo afirma de la Ley, considerada como estado previo, pero integrante de la historia de la Salvación: "La Ley ha sido nuestro pedagogo hasta Cristo, para ser justificados por la fe" (Gal 3,24).

De esta forma, además de ponerse de manifiesto la progresiva revelación de Dios en la Biblia en orden a la exigencia cada vez más depurada que comporta la Alianza, también cada individuo tiene la posibilidad de ir descubriendo el ancho mar de exigencias que se esconde tras la formulación breve de los preceptos. Los mandamientos no cierran las puertas de la libertad, antes bien subrayan lo que la libertad tiene de creadora, pues por el Decálogo el hombre alcanza no una simple perfección ética, sino la posibilidad de ser un reflejo de la santidad de Dios mismo (cfr. Lev 19,2). Queda así también subrayada la enorme fecundidad de un coloquio con el Autor de la Ley, y posteriormente con el Autor de la Gracia. La moral del Antiguo Testamento conduce a la Moral del Nuevo, donde los Diez Mandamientos alcanzan su pleno significado en la enseñanza y en la vida de Jesús.

Conclusión

Sería ingenuo buscar en el Antiguo Testamento la plenitud de la doctrina, tampoco de la doctrina moral, puesto que estaba previsto por Dios para preparar, anunciar y señalar la venida de Cristo Redentor⁴¹, pero "su valor perenne" es innegable en muchos puntos fontales que la teología moral deberá tener en cuenta:

La voluntad de Dios, inmutable, es en última instancia el origen de todo mandamiento; su soberanía y, en correspondencia, el

40. Cfr. *Ibid.*, DBS, V, 521-524.

41. Cfr. CONC. VATICANO II, Const. Dogm. *Dei Verbum*, n. 15.

carácter creatural del hombre son las coordenadas que enmarcan la moral.

La iniciativa divina se muestra en los beneficios al pueblo; la Alianza será el punto de referencia de Israel; el amor y la fidelidad (*hesed we'emet*) divinas garantizan el quehacer libre del hombre, elevado a la dignidad de interlocutor con Dios.

Los mandamientos ponen de manifiesto que Dios ha tomado en serio la libertad del hombre: la ha creado y le ha dado un cauce de desarrollo en el que cabe una progresiva profundización a lo largo de la historia y a lo largo de la vida de cada hombre.

